

EL ECONOMISTA COMO EDUCADOR

Gabriel TORTELLA

SEGUN una reciente encuesta del Centro de Investigaciones Sociológicas, casi dos de cada tres españoles creen que el Estado debería intervenir más para resolver problemas económicos como el desempleo, la falta de competitividad, la inflación, etcétera. También es general la creencia de que la enseñanza debe ser gratuita a todos los niveles y que los exámenes de ingreso a las universidades (la tan denostada «selectividad») deberían suprimirse. Lo mismo ocurre con respecto a las empresas deficitarias, especialmente si son públicas: los españoles creemos que no deben cerrarse, ni siquiera reformarse. Parecida opinión se tiene acerca de la seguridad social: no queremos ni oír hablar de reducir la gratuidad de sus prestaciones. A la vez queremos integrarnos plenamente en la Comunidad Europea y cumplir los requisitos del Tratado de Maastricht. Y, por supuesto, no queremos ni oír hablar de pagar más impuestos (muchos de nosotros no queremos ni oír hablar de pagar impuestos, pura y simplemente).

Hace ya muchos años que Kenneth Arrow ganó el Premio Nobel de Economía por demostrar que en las preferencias públicas podía darse la inconsistencia sin contradicciones simples. Y, desde luego, muchos otros pueblos dan muestras de respetables inconsistencias en sus demandas, como los norteamericanos, que quieren resolver su déficit comercial sin moderar su descomunal consumo de petróleo. Con todo, sin embargo, los españoles somos un pueblo especialmente reactivo a asimilar las premisas y el método básico del razonamiento económico. Décadas, quizá siglos, de alienación entre gobernantes y gobernados, entre otros muchos factores, nos han hecho temerle todo y esperarle todo

del Estado, esa institución semidivina que parece estar fuera de las leyes de la sociedad y de la economía política, que parece tener arcaicas inagotables y poderes omnímodos. Los españoles no damos muestras de haber asimilado todavía la idea fiscal básica de que el gasto presupuestario o proviene de un ingreso ordinario o proviene de uno extraordinario, y que aquéllos son casi siempre impuestos, y éstos, normalmente, producen endeudamiento e inflación. O, en la famosa expresión de Milton Friedman, que «no hay almuerzos gratis», por la sencilla razón de que producir cuesta esfuerzo.

Esta impenetrabilidad española a los principios elementales de la economía, ciencia que, por otra parte, ha parecido sombría a más de uno, es síntoma del fracaso de los economistas españoles. Parece mentira que tantas decenas de miles de estudiantes pasen anualmente por las aulas de las facultades de Economía y que su paso se refleje tan poco en la opinión popular. Los economistas hemos sido malos profesores o malos divulgadores de las ideas económicas; o, también, por qué no decirlo, malos economistas, ya que más de uno entre nosotros recela de la propia ciencia que enseña, y hasta hace bien pocos años había quien añadía al nombre de nuestra ciencia el adjetivo «burguesa» con matices no sólo peyorativos, sino insinuadores de que había otras economías éticamente mejores y más verdaderas. Por supuesto, no estoy predicando aquí las virtudes de la unanimidad científica, libreme de ello la providencia, sino, por el contrario, las de la competencia científica (nadie debe enseñar aquello en lo que no cree) y las del diálogo (no se debe descalificar el modelo científico que no se comparte).

Pero yo creo que los buenos economistas han pecado de excesiva

abstracción. La economía propende a la estilización y a la matemática, y a los mejores economistas les ha fascinado este aspecto de la ciencia precisamente por las dificultades que entraña el formalizar el comportamiento humano. Muy a menudo los estudiantes han tenido problemas para relacionar el modelo abstracto, muy abstracto, que aprendían en las aulas con la realidad social que este modelo pretendía representar. Y esto, el tecnicismo de muchos buenos economistas, que, como el de tantos buenos médicos, resulta incomprensible para el no iniciado, puede también haber contribuido a ese abismo que se observa en la sociedad española entre un sanedrín de profesionales competentes y ponderados, y un público mayoritariamente ignaro en materia económica. Aquí creo yo que los historiadores económicos —no sólo nosotros, por supuesto— tenemos una misión que desempeñar, y creo que Paco Comín la desempeña magistralmente. De esa maestría, y de la capacidad de la Historia Económica para enseñar Economía, es prueba el discurso que comento.

Comín, autor prolífico de obras de investigación voluminosas, es también capaz de sintetizar elegantemente, y su discurso lo demuestra. En unas pocas páginas no sólo ha resumido los últimos avances de la historiografía económica española, sino que la ha encuadrado en el campo del debate mundial sobre la *convergencia*. Hay conceptos científicos que hacen fortuna: conceptos físicos como el de «relatividad», del «principio de indeterminación», o el del intraducible *big bang*, la expresión psicoanalítica del «complejo», han dado la vuelta al mundo repetidos por millones de personas que no conocían bien su exacto significado. El concepto de «convergencia» lleva camino de tener el mismo dudoso privilegio. Como bien señala Comín, saltó a la atención general cuando un economista de Princeton, William Baumol, escribió un ya famoso artículo sobre la cuestión a mediados de la pasada década, y los políticos de la Comunidad Europea encontraron la idea conveniente para

justificar políticas redistributivas. Pero para los historiadores económicos la idea es mucho más antigua, y quizá valdría la pena que algún historiador del pensamiento económico rastrear sus orígenes, quién sabe si entre los historicistas alemanes del siglo XIX. Sin duda, estaba ya presente entre los economistas e historiadores del desarrollo en los años cincuenta y sesenta de nuestro siglo; figuras como W. W. Rostow, que veía el proceso de crecimiento económico como una arribada sucesiva de los países a la «era del consumo de masas»; como Simon Kuznets, que habló tantas veces de las ventajas de los rezagados en términos, sobre todo, de apropiación de las técnicas más eficientes, o como Alexander Gerschenkron, que Comín menciona acertadamente, y que también veía a los países atrasados convergiendo hacia los adelantados, aunque siguiendo rutas necesariamente diferentes. No es, por tanto, muy novedosa la idea de la convergencia para los historiadores económicos (tampoco lo es para el Presidente de esta Academia, que en los primeros años sesenta hablaba ya en los artículos editoriales de *Información Comercial Española* de España como país en etapa de despegue, es decir, tratando de converger).

Tampoco son nuevas las ideas que están detrás del «modelo de la convergencia». Básicamente se trata del viejo principio de la *productividad marginal decreciente del capital*. Los países atrasados, escasos de capital, obtienen de éste rápidos aumentos de productividad cuando son capaces de acumularlo, y este aumento en la productividad se traduce en un rápido crecimiento de la renta. En los países adelantados, las sucesivas adiciones a un *stock* de capital ya muy grande producen incrementos de la productividad relativamente pequeños, aunque ésta sea muy alta. Su renta es elevada, por tanto, pero crece lentamente.

Obsérvese que hablo de capital, y que éste incluye no sólo el físico, sino también el *capital humano* (otro concepto de moda). La evidencia científica nos dice que el principio de la

productividad marginal decreciente también parece darse en el caso del capital humano: las inversiones en educación elemental son más productivas que las inversiones en niveles educativos más altos, y cuanto mejor distribuida esté la educación en la población (esto se ve claramente por los *diferenciales sexuales de alfabetización*, como ha mostrado C. E. Núñez), mayor es su productividad. El concepto de capital humano también se remonta, en su forma moderna, a los años sesenta, y se origina en Robert Solow, Theodore Schultz y Gary Becker: los tres han recibido (separadamente) el premio Nobel por ello. Sin embargo, la idea de que la educación es capital puede hallarse en Adam Smith, si no antes aún.

La otra noción tras el concepto de convergencia es que, por ser consecuencia de un principio económico que podríamos llamar natural, como es la productividad marginal decreciente del capital, tal convergencia es un proceso natural también. Las fuerzas del mercado, por sí mismas, deben llevar el capital hacia aquellas regiones o países donde su productividad marginal sea más alta; es decir, las zonas atrasadas. John Hicks, otro gigante de la Economía contemporánea, se preguntaba por qué, en vista de esta tendencia natural, la revolución industrial no había alcanzado a todo el mundo, y se contestaba: «hay estorbos». Es decir, hay obstáculos al funcionamiento de esos mecanismos redistribuidores del mercado. Hoy parece haber acuerdo en que el mayor estorbo es la interferencia de un Estado mal aconsejado. Y esto nos devuelve de nuevo al padre de la economía: Adam Smith también creía que el Estado intervenía demasiado y mal. No pensaba Smith que el Estado no debiera intervenir en la economía: al contrario, pensaba que había ciertas áreas donde su acción era indispensable. Lo que pensaba Smith es que esa intervención debía ser cuidadosa, excepcional, limitada. El creía que en su tiempo el Estado intervenía demasiado. Hoy muchos de los mejores economistas piensan lo mismo.

Las ideas, por tanto, son muy viejas: pero el vino viejo en odres nue-

vos a veces constituye el mejor néctar. El que los economistas teóricos redescubran el trabajo de esos economistas aplicados (en toda la extensión de esta palabra) que son los historiadores económicos es natural y muy satisfactorio para estos últimos. El discurso de Comín pone bien de relieve este diálogo entre ambos campos, y sus corolarios prácticos de política económica. Adam Smith hubiera suscrito estos corolarios: el Estado debe intervenir más en la formación de capital fijo, especialmente en la formación de capital humano, e interferir menos en la formación de los precios de mercado, incluido el precio más importante, el del factor trabajo.

Pero si todo esto, referido al modelo económico y a la política económica en general, es una reactualización de ideas económicas de rancio abolengo, el encuadramiento de la Historia Económica de España en todo esto presenta rasgos mucho más novedosos, que Comín también pone de manifiesto. Las grandes novedades son dos: la primera, lo que podríamos llamar *el mensaje liberal*. La ortodoxia recibida hasta hace unos veinte años era que el crecimiento económico español era obra y gracia de la intervención estatal a través del proteccionismo, el autarquismo, las leyes defensoras de la industria, etc. Curiosamente esto lo mantuvieron en los años del franquismo tanto los partidarios de la dictadura como sus enemigos. La gran excepción, justo es decirlo, fue Román Perpiñá. Algunos historiadores (entre los que me cuento) empezaron a poner en tela de juicio la ortodoxia recibida hará unos veinte años. Más tarde, esta duda se convirtió en certidumbre gracias a las investigaciones de los historiadores de la generación de Comín, muy en especial Leandro Prados de la Escosura y Albert Carreras. Hoy sabemos, Comín lo señala muy acertadamente, que los periodos de crecimiento de la economía española han coincidido con etapas de liberalización económica, especialmente comercial. Es lógico que de ello se extraigan las conse-

cuencias pertinentes de política económica.

La otra gran novedad, más que contradecir una vieja ortodoxia, viene a llenar un vacío científico: se trata de lo que podríamos llamar *el mensaje cultural* (para que rime con liberal): hoy, gracias sobre todo al trabajo de Clara Eugenia Núñez, sabemos que uno de los grandes obstáculos al crecimiento económico español fue el bajísimo nivel educativo de la población. La idea es rigurosamente nueva, aunque tenga algunos gloriosos precursores en España como Olóriz o Luzuriaga. Y aquí es evidente que la acción del Estado es necesaria y que, a diferencia de su interferencia en los mercados, en esta materia el Estado español ha intervenido demasiado poco.

En resumen, Comín, en su doble papel de investigador y educador, ha puesto bien de manifiesto, en su discurso sobre los recientes avances de la historia económica en España, que la evidencia actual confirma los viejos principios de la Economía, y que el caso español no es una excepción a esos principios.